

SOPHIE BENEDICT

LA DECISIÓN DE GRACE KELLY

Una novela para vivir la mayor historia
de amor de todos los tiempos

Traducción de Albert Vitó i Godina


ESPASA

Uno

Filadelfia, 1947

—¿Qué es lo peor que puede pasarme, papá? —preguntó Grace, intentando controlarse, sabiendo que su padre no encajaba nada bien los arrebatos emocionales. Pocas veces le había costado tanto mantener la compostura como en esos instantes, pero realmente se lo estaba jugando todo.

Su padre estaba acostumbrado a que las cosas transcurrieran a su antojo, había trabajado muy duro para que así fuera. John Kelly era el segundo hijo más joven de nueve hermanos y sabía muy bien lo que costaba abrirse paso en la vida. Había empezado como albañil y había conseguido prosperar hasta convertirse en un empresario de éxito: Kelly for Brickwork ya tenía un volumen de ventas millonario en la década de 1920. De sus hijas esperaba respeto y una disciplina impecable, pero por encima de todo confiaba en que le obedecieran. No solía recibir un no como respuesta ni ninguna réplica a sus veredictos.

Estaban sentados a la mesa, era la hora de cenar. Para la familia Kelly, comer juntos era tan importante como la

actividad física. John y su esposa Margaret habían animado a sus hijos a practicar deporte desde pequeños, y aunque Grace también jugaba al tenis, nadaba y jugaba al hockey, su rendimiento deportivo era más bien modesto y siempre había preferido practicar el ballet.

—¿Lo peor que te puede pasar si te marchas sola a una ciudad como Nueva York? —respondió John Kelly, y soltó una carcajada—. No es posible que me lo estés pidiendo de verdad, Gracie. ¿Cuántos años tienes? ¡Acabas de cumplir los diecisiete! No hemos invertido tanto en tu formación académica para que ahora nos salgas con que quieres ser actriz. Lo que tienes que hacer es encontrar a un hombre adecuado y casarte, Gracie, y no perder el tiempo con tonterías.

—Pero..., papá, siempre que interpretaba un papel en la escuela todos se quedaban fascinados. Y tú también —dijo Grace, tan indignada que no había conseguido tragar ni un solo bocado durante la cena—. ¿Y si resulta que esto es lo único que sé hacer?

Su padre dejó la cuchara junto al plato.

—Gracie, una función escolar no significa nada en absoluto.

—¿Y qué me dices de la obra del tío George? ¿Ya no te acuerdas de lo mucho que os impresionó mi actuación?

Su tío George, el hermano de John, había escrito una obra de teatro, *The Torch-Bearers* («los que llevan las antorchas»), y Grace sabía que lo había hecho muy bien. Estaba orgullosa sobre todo por las palabras que le habían dedicado los críticos en un periódico local: «Realmente daba la impresión de que Grace Kelly sobre el escenario era la portadora de la antorcha de la familia».

—Gracie, no estás bien sentada; ¿cuántas veces tengo

que repetírtelo? —se limitó a señalar su madre con la frialdad, el dominio y el distanciamiento habituales. Ella ni siquiera recordaba la última vez que había recibido una muestra de afecto suya. Si es que había recibido alguna.

Los seis estaban sentados alrededor de la gran mesa. John, su esposa Margaret, Grace, sus hermanas Peggy y Lizanne y finalmente John, su hermano, que estudiaba en la Universidad de Pensilvania.

—Lo siento, mamá —respondió de forma automática.

—Haz el favor de comer, Gracie. Todavía no has probado bocado. Lizanne, ya sabes que es la cuchara la que se acerca a la boca y no al revés.

—Lo siento, mamá —se disculpó Lizanne, también de forma automática. Tenía cuatro años menos que ella, y tampoco se atrevía nunca a replicar nada.

Su hermana mayor, Peggy, que estaba de visita, también se estremeció. Cuando pasaba por casa seguía sometándose a su madre, a pesar de haber tenido ya un hijo. Se quedó sentada tiesa como una tabla, aguardando la próxima crítica mordaz. No tuvo que esperar mucho.

—Peggy, la cuchara debe ir hacia el borde del plato. Es que...

—En cualquier caso, ni siquiera pienso considerarlo —dijo John Kelly en voz baja, sin alterarse lo más mínimo, lo que sin duda constituía una mala señal.

Grace suspiró. Las cosas nunca habían sido fáciles con sus padres. Incluso entonces, con casi dieciocho años, cuando los tenía delante se sentía aún como una chiquilla que no sabía nada sobre el mundo y a la que había que reprender constantemente. Y ella siempre había obedecido, a pesar de que a veces, cuando conside-

raba que la trataban de forma injusta, habría preferido gritar.

Grace probó la sopa sin apreciar su sabor. Quería ir a Nueva York fuera como fuese. Su mayor deseo era convertirse en actriz; al menos tenía que intentarlo. Pocas veces había estado tan convencida de algo como entonces. Y no estaba dispuesta a renunciar a ese sueño.

—Todos dicen que tengo talento. —Lo intentó de nuevo—. Y que podéis estar orgullosos. De mí.

—Si se tratara de otra cosa, quizá estaría orgulloso —repuso su padre, y Grace supo de inmediato que se refería a los éxitos deportivos que sus hermanos obtenían con regularidad—. Y a partir de ahora no quiero volver a oír hablar del tema —concluyó.

—Pero... —empezó a decir Grace.

—Ya has oído a tu padre, Gracie —la interrumpió su madre—. Se acabó. Come y calla.

Grace se preguntó cuánto tiempo más tendría que esperar para que su vida pudiera empezar de verdad. Fue entonces cuando se le ocurrió la idea: ¿podría solicitar la plaza sin el consentimiento de sus padres, sin su permiso? Un sentimiento hasta entonces desconocido comenzó a apoderarse de ella. No tenía nada que ver con la obediencia, ni con la disciplina o el resto de las cosas que le habían enseñado en casa. No, no se parecía en nada a eso, era algo distinto. No sabía que se trataba de ese sentimiento que comparten todos los jóvenes que se encuentran en el umbral de la vida adulta y por primera vez divisan, al alcance de la mano, lo que hasta el momento solo habían conseguido imaginar de un modo vago: una vida propia, sin tutelas ni reglas, sin tener que pedir permiso a nadie; una vida libre. Un centelleo atravesó el

cuerpo de Grace, aunque lo acompañaba, por supuesto, la incertidumbre. ¿Cómo sería la vida más allá de todos esos obstáculos?

Su madre le lanzó una mirada que solo podía anticipar que algo no le parecía bien.

—No harás nada sin nuestra aprobación, Gracie. ¿Me has comprendido?

—Claro, mamá —contestó Grace de forma automática mientras asentía. Aun así, siguió pensando en cómo serían las cosas si se marchara.

—Ten cuidado, no te manches, Gracie.

—Lo siento, mamá.

Margaret se sirvió agua. Como siempre, su aspecto era imaculado. Una falda estrecha de color beige y una blusa blanca, una chaqueta de punto holgada gris oscuro y el pelo recogido en un moño; apenas se maquillaba, y esperaba de sus hijas que siguieran su ejemplo. Elogiaba la naturalidad, mientras que los colores estridentes, tanto en la ropa como en los cosméticos, le parecían una vulgaridad.

Grace quería a su madre, pero al mismo tiempo esta le infundía mucho respeto. A sus hijos siempre les había inquietado su origen alemán. No conocían ese país que había sido gobernado por un emperador y en el que tanto se valoraban la disciplina y el orden, pero les parecía temible. Cuando los niños no tenían cerca a su madre, la llamaban «el general prusiano».

—Gracie —dijo su padre—. No te han aceptado en el Bennington College... y un Kelly no debería suspender ningún examen de admisión. Por lo menos podrías haber dejado las clases de ballet para estudiar más. Deberías aprovechar más la vida, y no pensar en quimeras como lo de Nueva York.

—No es ninguna quimera —respondió Grace con mucha calma. No estaba dispuesta a que eso la sacara de sus casillas—. Es lo que deseo hacer en la vida. Y si no me han aceptado en Bennington es porque muchos jóvenes han regresado de la guerra y han querido retomar los estudios. Por eso ha habido tanta afluencia de solicitudes y, por supuesto, las chicas somos las que nos hemos quedado fuera. Además, Bennington ha endurecido los requisitos de los aspirantes: dos años de matemáticas en lugar de uno, lo sabes perfectamente. Y yo solo he cursado un año de matemáticas, por eso me han rechazado, no porque haya suspendido ningún examen —explicó indignada.

—Gracie se pondría gorda como una vaca si fuera a Vermont, con la de vacas que hay ahí —bromeó Lizanne. Tenía trece años y estaba en esa época en la que todo la hacía reír.

Grace la fulminó con la mirada.

—Tal vez el tío George podría ayudarme a entrar en la American Academy of Dramatic Arts —dijo Grace—. Al fin y al cabo es la mejor escuela de interpretación.

—Ya me has oído —repitió John Kelly—. De una vez por todas: Nueva York, el teatro, la interpretación..., todo eso no son más que tonterías. Espero que mi hija acabe teniendo una vida más estable que eso. Gracie, deberías dedicarte a algo sensato. Será mejor que te centres en lo esencial: piensa en cómo debería ser tu carrera profesional para que se adecúe a tu familia. No quiero volver a oír hablar del tema.

Grace siguió tomando cucharadas de sopa sin apetito. No iba a dar su brazo a torcer con tanta facilidad. Tal vez pareciera un angelito ingenuo, pero sabía muy bien

lo tenaz que podía llegar a ser. Y cuando había deseado algo de verdad, siempre había terminado consiguiéndolo.

Al día siguiente llamó a Nueva York a hurtadillas para pedirle ayuda a su tío. Al fin y al cabo se trataba de su vida, y no estaba dispuesta a vivirla según los mandatos de sus padres.

Sin embargo, su tío también tuvo dudas al respecto.

—Te entiendo, Gracie, pero te lo imaginas demasiado sencillo —le explicó—. La mayoría de los actores no llegan a conocer el éxito, es un trabajo duro y cuesta mucho ganarse la vida con eso.

—Ya, pero estoy convencida de que lo conseguiré, de que es lo más adecuado para mí —dijo ella—. Recuerda mi actuación en la obra que escribiste, ¿te has olvidado de lo bien que lo hice?

—De acuerdo, Gracie, veré lo que puedo hacer, aunque lo más seguro es que tu padre quiera arrancarme la cabeza.

—Pero no lo hará, tío George. ¡Gracias!